

terse el entendimiento, cuando se lanza al campo de la ciencia sin freno y sin guía: se pone de rodillas é invoca al Espíritu creador que vivifica con sus inspiraciones el mundo de las inteligencias.

Una sociedad inteligente, como es la Iglesia, no puede trabajar durante mil ochocientos años, con tanta tenacidad y con tanto éxito, sobre un supuesto falso.

Ha debido asegurarse de la verdad de los hechos que sirven de base á su enseñanza, antes de levantar sobre ellos el edificio de la ciencia sagrada.

La doctrina católica está llena de misterios.

Ninguna inteligencia puede aceptarlos, sin la realidad de una revelación; ninguna revelación puede aceptarse sin los signos divinos que la hagan conocer; ninguno de esos signos puede ser creído sin examen previo, maduro y circunspecto.

El cristianismo crucifica las pasiones y ordena que el alma cruce los ásperos senderos de la perfección, que suba hasta las cimas sagradas en que Dios la aguarda para coronarla á través de las espinas de la penitencia, de los cardos punzadores de la negación de sí misma.

¿Cómo sufrir estas exigencias, si no vienen de

lo alto? ¿Cómo sabremos que vienen de lo alto, si Dios no se muestra? ¿Cómo se mostrará, sin los signos divinos que atestigüen su intervención? ¿Cómo creer en estos signos sin examinarlos?

Estas preguntas se han hecho, sin duda, los hombres de ciencia y de genio que han ilustrado la Iglesia, y todas han sido resueltas en sentido favorable á su testimonio, sin lo cual la corriente de la inteligencia habría tomado otro rumbo.

La Iglesia habría tenido poetas, como todas las sociedades, cuyos monumentos religiosos pertenecen al mundo de la leyenda; pero no hubiera tenido filósofos, teólogos, controversistas, apologistas, autores serios, hombres sabios.

Es, por tanto, evidente que las obras intelectuales de la Iglesia suponen y confirman la verdad de los hechos que ella atestigua tradicionalmente ó es preciso admitir una tesis monstruosa, á saber, que la perpetuidad de la ciencia está fundada en la perpetuidad de una torpeza sin nombre.

La razón rechaza este extremo.

Volviendo su mirada á las legiones infinitas de hombres graves, estudiosos é ilustrados que han rendido al testimonio de la Iglesia el homenaje de

su fe, se siente arrastrada irresistiblemente hacia ellos, sin valaciones ni dudas.

El testimonio de la Iglesia es precioso é importante, como se ha visto en el precedente artículo, porque es ella una sociedad universal é indefectible, contemporánea de los hechos que publica, obligada por deber á declarar lo que ha visto, sincera por su naturaleza misma al declarar y revestida de una cualidad indispensable para imponer su testimonio, que es ser inteligente.

Un testigo puede seducir nuestra buena fe por el resplandor de su inteligencia é inspirar, sin embargo, desconfianza por la ostentación cínica de sus vicios.

Entre la inteligencia y la inmoralidad, el juicio vacila: pero esa vacilación cesa desde el momento en que la virtud brilla al lado del saber.

Una alta inteligencia unida á una alta moralidad, es la condición de un testigo irreprochable.

Y la Iglesia ostenta en el más alto grado la moralidad, que garantiza su testimonio.

No se quiere decir que la Iglesia jamás haya sido deshonrada por algún vicio; que en todos tiempos sus numerosos hijos hayan estado, por sus virtudes, á la altura de las leyes sagradas que forman la disciplina de su vida.

Es una verdad, por más que sea sensible confesarlo, que ha habido manchas en la Iglesia, es decir, manchas y debilidades en sus hijos.

No son, en verdad, faltas de la Iglesia, como no son faltas de una sociedad, las que cometen sus miembros, desde el instante en que las instituciones orgánicas de esa sociedad protestan contra el mal y procuran curarlo, redoblando su vitalidad.

La Iglesia, afligida muchas veces por los vicios y aun por los crímenes de sus hijos, ha tenido siempre la gloria insigne de reformarse ella misma y de hacer triunfar el principio de su vida allí mismo donde un principio de muerte trataba de introducirse.

Es la única sociedad que ha realizado este prodigio.

Todas las demás sociedades han pasado de las más austeras virtudes á la más abominable corrupción; la Providencia ha debido quitarlas de enme-

dio para que no envenenaran al género humano.

La historia universal de las naciones puede resumirse en estas dos palabras, que Montesquieu aplicaba al género humano: "grandeza, decadencia."

En la Iglesia no hay decadencia; podrá haber deficiencias parciales, pero decadencia general nunca; es un árbol vigoroso cuyo tronco y cuya corteza están siempre vivificados por una savia incorruptible.

Entre las ramas que coronan el tronco, á la sombra del follaje y de los frutos por donde cruzan olas de vida, pueden encontrarse ramos languidecientes y casi podridos; pasa la tempestad sobre el rey de los bosques, pasa el huracán furioso agitando su cabellera, lo que ya no vive caerá á sus piés, y él, satisfecho de verse ya limpio, multiplicará las ondas fecundas de su savia vigorosa.

No se puede juzgar de la moralidad de la Iglesia por las faltas aisladas y parciales que en ella se cometen.

La moralidad de la Iglesia tiene que juzgarse por su legislación y por las virtudes que ella engendra.

La legislación de la Iglesia está reasumida en la vida típica de Cristo, solemnemente propuesta á la imitación de todos los cristianos de todo sexo, de toda edad y de toda condición.

Cristo bajó de los esplendores de la gloria á los anonadamientos de la encarnación; de aquí la necesidad de ahogar en sí mismo el amor de las grandezas.

Cristo fué obediente, hasta morir en una cruz; de aquí la necesidad de reprimir los muchas veces irreprimibles instintos de independencia.

Cristo escogió la pobreza; de aquí la necesidad de desprenderse, al menos con el espíritu, de todos los bienes de la tierra.

Cristo bendijo los corazones puros y, aunque mil veces calumniado, no permitió que en Él se sospechase una impureza; de aquí la necesidad de vigilar sobre sus afectos y castigar las más bajas concupiscencias hasta en el pensamiento que se oculta en los pliegues más secretos del alma.

Cristo amó la verdad; de aquí la necesidad en que estamos de amarla.

Cristo ha prodigado sus dónes; de aquí la necesidad de abrir nuestras manos en beneficio de los indigentes.

Cristo ha venido á servir; de aquí la necesidad de abatir el orgullo de los que mandan.

Cristo ha pasado por todos los oprobios y por todos los sufrimientos; de aquí la necesidad de aceptar con resignación los dolores que nos vengan y de recorrer con corazón gozoso la ensangrentada vía que abre ante nosotros el Rey de los mártires.

Cristo vivió y murió por glorificar á su Padre y salvar al mundo; de aquí la necesidad de que la gloria á Dios y la salvación de las almas sean el objeto de nuestras aspiraciones y el fin supremo de nuestra vida.

Tal es la legislación de la Iglesia.

Ella, observada fielmente, hace á los hombres, no honrados, sino santos.

No es, entonces la probidad lo que nos da la medida de la moralidad de la Iglesia, es la santidad.

En el mundo, la probidad unida á la inteligencia, decide nuestro juicio en favor de un testigo.

La probidad es una presunción, de que quien la tiene no puede engañar.

La santidad no es una presunción, es una certidumbre.

Cuando en un hombre se encuentran reunidas las virtudes que constituyen la santidad, imposible es que ese hombre rinda un testimonio falso.

Las virtudes cristianas son incompatibles con el falso testimonio.

La Iglesia es santa, reúne las virtudes que forman la santidad; su testimonio, en consecuencia, es irreprochable, porque la falsedad y la virtud jamás pueden conciliarse.

Hay en la Iglesia, entre otras, dos virtudes excelsas; el amor á Dios y el amor al hombre.

La Iglesia ama á Dios y lo ama no sólo proclamando este amor en plegarias sublimes, lo traduce en obras admirables.

Fuera de la Iglesia, el comercio entre el hombre y la divinidad es un frío comercio de amor y respeto. En la Iglesia, se siente una especie de invasión de misteriosos ardores que llevan al alma hacia el cielo.

Dios, aunque envuelto en sombras, atrae á los corazones que toca y ellos no tienen otro deseo que poseerle para siempre.

Unirse á Dios, es la última palabra de la Iglesia y el grado más alto de perfección á que quiere llevar á sus hijos.

Estos procuran configurar en sí mismos la adorable sencillez de la casta y maravillosa belleza que desean abrazar.

Dios en la Iglesia es tierna y apasionadamente amado, y este amor á Dios, es al mismo tiempo, el principio y el fin de incomprendible abnegación en favor de la humanidad.

La Iglesia encendida en ese amor ha hecho que las frentes de los que mandan se inclinen; que la dureza del egoísta se suavice; que las cadenas de esclavo se rompan; que los viajeros encuentren abrigo aun en medio de las nieves; que la pobreza abandonada encuentre asilos; que los huérfanos hallen calor junto á un corazón caritativo; que las heridas y las llagas sean curadas por una mano cariñosa; que el abismo de la miseria encuentre á su lado un abismo de misericordia.

Ha hecho más la Iglesia; la Iglesia no sólo ama á la humanidad en su cuerpo, la ama con más ardor en su alma.

Por eso la Iglesia busca á las almas en las tinieblas del error, en las abominaciones del vicio, á través de los espacios, á través de los peligros, á través de la muerte.

Todos los siglos y todos los mundos habitables

la han visto trabajar en esta obra de la salvación de las almas, á la vez ingrata y sublime.

Aun hoy la Iglesia, esa amante de las almas, en la persona de los misioneros, se lanza á buscarlas, á revivirlas y á arrojarlas ya regeneradas y vivientes en los brazos de Dios.

Amar así á Dios y traicionar su causa por la impostura; amar así á los hombres, amar así á las almas, y envenenarlas á sabiendas con el error, son cosas que la razón humana, por pervertida que se la suponga, no pueden concebir.

Si, pues, en la Iglesia hay moralidad y moralidad tan alta, la sinceridad de su testimonio no puede ponerse en duda.

Es tan imperiosa esta deducción, que ella sola constituye el gran argumento de los neófitos que la Iglesia convierte todos los días en sus misiones.

Ellos creen, porque les parece imposible que un hombre que abandona familia, amigos y patria, venga á sostener una mentira que no ha de causar más que males en el mundo.

La Iglesia á quien se ha visto nacer, pero á quien no se verá morir; que ha visto todo lo que ha pasado al principio, porque allí estaba; que ha guardado fielmente todo lo que vió, porque es siem-

pre la misma; que no ha nacido, sino para dar testimonio de lo que ha visto; que ha estudiado todos los libros; que ha practicado todas las virtudes; que ha pasado por todos los sufrimientos y por todos los sacrificios; que ama á Dios y á la humanidad tierna y apasionadamente, no puede mentir.

Ella, con solo ostentarse, prueba la divinidad de quien la creara. Ella es una obra divina y las obras divinas no pueden brotar de una pequeñez humana.

Ella, hablando, da testimonio de la vida de Cristo encerrada en el Evangelio.

Ella es el Evangelio encarnado.

Ella, que ocupa el espacio, que domina el tiempo, que es inteligente y santa, ha enseñado y enseña siempre, que Cristo es Dios.

LOS MÁRTIRES

DAN TESTIMONIO DE LA DIVINIDAD DE CRISTO.

La Iglesia ha nacido para dar testimonio: es un testigo permanente é irreprochable en medio del mundo: este es su deber, su misión, su nota característica, la razón de su existencia.

Por su vida, que es perpetua, ha presenciado los hechos que declara; por su universal difusión no puede dejar de ser sincera al declarar; por su inteligencia y por su moralidad, da á su testimonio el más valioso prestigio.

Sin embargo, mejor que por su ciencia y por sus virtudes, la Iglesia afirma por la sangre y por la muerte.

Este es el carácter supremo y decisivo de su testimonio.

La muerte ha tenido siempre el derecho de hacerse escuchar.

La Iglesia, que como sociedad no muere, ha querido morir en sus hijos á fin de elevar su afirmación á la más alta potencia.

Los hechos originales del cristianismo están escritos con caracteres de sangre.

Contra esta luminosa manifestación de la verdad, no hay argumentación posible.

El hombre puede morir por una opinión; pero esta muerte no atestigua la verdad de la opinión por la cual se sacrifica.

Al que ofrece probar con su sangre la verdad de una proposición, se le puede decir: esto no me bas-